



Erasmo Zarzuela

## Ideas

Sí, doctor,  
por la mañana siento que aún estoy entre penumbras...  
camino por un sendero de asfalto y adoquines,  
hacia el crepúsculo del saber,  
no siento su calor en mi piel.  
Sus tibias manos parecen ser indiferentes a  
mi pequeñez de pensamiento,  
ante mis ojos, sus manos asemejan...  
un laberinto construido de ideas y,  
en sus paredes inscrito está:  
"La idea, es un metal de difícil ubicación,  
en estos días su manipulación es peligrosa,  
y así como puede dar la eternidad,  
también puede sepultar el alma".  
Y repito adormecido aún "ideas..."

- ¡Ah!, ya recuerdo, era el sueño de ayer...  
... el logro del mañana.

Edwin Vidal Calizaya Ajuacho



el dueño  
director: luis urqueta m.  
consejo editor: alberto guerra g.  
edwin guzmán o.  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
casilla 448 telfs. 5254855 - 5276816  
e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

Obra poética:

## La hija del artista

Un inmenso hálito de fibras metálicas corre paralelamente al camino, señalando en su carrera lo más decisivo del campo: la sangre vertida por la hija del artista.

La hija del artista es pálida, lleva velo, su cuerpo es alto y perfumado, acostumbra a mantener con una mano el hálito de fibras metálicas.

Sin instrumento adecuado, sin un fin previsto, la hija del artista se sumerge en vagos recuerdos, en ansias de superarse. Pero la mortal figura del ángel pone término a las remembranzas cortando su mano con la espada de fuego y arrebatándole el hálito de fibras metálicas.

En el rigor del invierno surge despedazada la imagen de los vientos, se encarama a todos los cuerpos formados por las jorobas, y lleva en sí la idea suicida de las hojas saltonas y semi encerradas en huellas de víbora. Sigue su curso en la amplitud de la noche, hasta alcanzar un punto fijado por la hija del artista, arrastrando tras de sí lo cómico e insulso que encuentra en el vidrioso camino de malestar y espanto.

Arrancando incesantemente los fútiles recuerdos que encuentra débilmente sonrosados por varias capas de durazno y bolas de billar, se tiene lívidamente la imagen de los vientos en la meseta rocosa que construyó durante su niñez la hija del artista y duerme tiernamente con el murmullo condicional de los ciclopes taciturnos: pasa volando una figura de cera que saca sol para licuarse con la intención de caer en forma de gotas sobre los ojos de una imagen de los vientos. Cae la figura y se estrella en mil fragmentos sobre la meseta rocosa de la imagen de los vientos, se ha incorporado súbitamente para viajar y llegar a un punto fijado por la hija del artista y morar en eterna y pestilente unión con los mayores y más terribles monstruos del espacio. Sube, se inclina ligeramente, baja subyugada por las mesetas, inclina vigorosamente el ser hacia el subido color azul. Vaga insulsa y audazmente, llegando dolorida a todos los intersticios, sorprendiendo coitos, arañando garras del pillo mugriento, estrellándose contra la cojera de las lavanderas, destrozando hojas blancas y amarillas del pistón automático; sube mezclando lo desesperado del frío con el tablero lluvioso que alguien ha prendido en la felpa del cortinaje.

La hija del artista, alta. El rostro corroído por las fibras metálicas, el hálito de las fibras metálicas en su aliento puro y tibio, construyendo sin descanso imágenes en bruto, para soltarlas en forma de aves a la infinita diversidad de picachos semi estirados, y formas hechas de ceniza con el elevado afán de gastar la forma y tornarla bruma pegada a la rueda veloz de alguien bañado en aceite.

La hija del artista, alta. Parte del pie desnudo, la garganta hecho girones por los picotazos bajando la montaña con ademanes grotescos; y mirándola de perfil todos los erizos en continuo derrame de emoción y sangre, baja, en aras de la libertad universal de los árboles y de los contornos humanos y dilatados.

La anciana y arrugada mujer está sentada frente a la puerta débil y angosta que golpetea furiosamente contra el marco sumido en goteras y carcomido por los cuerpos aplastados de las arañas que hace años pasaron rápidas para iniciar idilios funestos en la reja de la sinrazón. La anciana y arrugada mujer está frente a la puerta débil y angosta tiritando y mascoteando cantidades de fibras metálicas, se encamina poco a poco, para hallar la distancia entre los cuerpos aplastados y las vírgenes y las mariposas incrustadas en la reja de la sinrazón. La anciana y arrugada mujer no llega.

Sube, tiembla de temor y retumba en su cabeza la mortal figura del ángel, y la ensordece el estrépito de luces y formas opacas desprendidas al acaso por la espada de fuego.

Hay melancolía en la hija del artista, y su garganta hecha girones destila sangre y emoción. Hay altura, perfume, velo, pie un poco desnudo, majestad al bajar y estrías en el rostro pálido. Hay vitalidad en los brazos y en las piernas.

Una noche estaban congeladas todas las mesetas que construyó en su niñez y murió la hija del artista, rodearon su cuerpo todas las figuras e imágenes, e hicieron de todas las mesetas juegos de billar. Rodó una esfera hacia los pinos verdes, y su murmullo fue a incrustarse en la boca de la muerta. Se estrelló después en una de las concavidades más profundas de la noche, e hizo saltar fragmentos pesados y trinos de águilas. Tomó forma de flecha y fue a clavarse en la punta de la nariz de la hija del artista; fuente y va a regar todas las pendientes suaves de la montaña; ojival y nariz fuente lumínica, o nariz lumínica que va acabándose lentamente, con una lentitud propia de las fuentes luminosas; serenidad subyugante de la hija del artista, que riega todo lo que está y no está fuera de ella.

Jaime Sáenz. Poeta y escritor. La Paz